

www.puntodelectura.es

El Club de la Comedia

contraataca

Índice

Prólogo de José Manuel Lorenzo 11

¡Es pa' los niños!

Esos locos bajitos suicidas 17

Los cuentos 21

Profesores 27

Querido diario 33

Cosas inútiles que nos enseñan
en la escuela 39

El cuerpo del delito

Dominados por el cuerpo 45

Cuándo nos sentimos culpables 49

Fantasías sexuales 55

Sabes que eres gay cuando... 59

Ventajas de ser gordo 65

Ventajas de ser feo 71

Tener razón 77

El listo 83

Medicamentos	89
Hospitales	95

Dos son multitud

Cuando te van a casar	101
Cuando te enrollas con quien no debes	105
Cuando tu novia está buena	109
Qué hacer para conseguir que te dejen	113
Relaciones a distancia	119
Revistas femeninas	125
Cómo saber si tiene pareja	131

Expedientes X: Segunda parte

Tonterías de la Historia	139
La canción del verano	145
Aprendiendo idiomas	149
Leyendas urbanas	155
Las canciones de los payasos	161

En mi casa jugamos así

Fiestas populares	169
Juegos de mesa	175
Los regalos	179
Las mascotas	185
Miss España	189
Salir de marcha	193
El fútbol	199
Anuncios de contactos	205

Ocio creativo	209
Qué pasaría si no existiera la tele	215

Made in Spain

Baños de mujeres	223
España es un bar	227
El glamour de la Iglesia	233
El turismo rural	237
Las salas de urgencias de un hospital	243
Los velatorios	249
El videoclub	253
La Guardia Civil	259

Otra vez Navidad

Montar el belén	265
Los villancicos	271
La Navidad es para los niños	277
Nochevieja feliz	283

<i>Agradecimientos</i>	289
------------------------------	-----

Prólogo

De repente les abren las puertas del camerino y entre muecas que disimulan su estado de excitación, y grandes aspavientos con los que tratan de rebajar su tensión, atraviesan el estrecho pasillo, bajan unas poco iluminadas escaleras, y de repente, se olvidan de sí mismos, entran en el teatro y una banda de música y un ruidoso público les reciben con la sonrisa dibujada, dispuestos a disfrutar de una nueva narración, acerca de algo cotidiano, sobre lo que durante quince delirantes minutos ironizarán, sentados en un taburete, circundados por una emblemática luz de cabaret y delante de un micrófono: es *El Club de la Comedia* en su estado más puro.

El día que nos propusieron escribir un libro que recopilara los mejores (siempre según la opinión del editor) monólogos, no sabíamos si cometeríamos un error, ya que parecía que dichos pasajes estaban escritos para ser interpretados. Sin embargo, al leer el primer libro aprendimos que

tenían vida propia más allá de la interpretación teatral o su realización televisiva. Cada uno podría imaginarse las situaciones y construir en los espacios sin definir su propia exageración de la realidad, y así, casi sin quererlo, miles y miles y algunos millones (bueno, de esto último no estoy seguro) de personas sin ninguna tara reconocida (dato sin confirmar) se acercaron a las librerías y también a alguna frutería y ¡venga!: como si no hubiera cosas más interesantes que leer arrasaron las estanterías, y sin ningún pudor por la estética las dejaron vacías. Y claro la típica cadena que hace que todo se mueva, se movilizó: los libreros llamaron a los editores y éstos a los creadores y éstos a los escritores y éstos, bueno, éstos realmente llamaron a sus madres, que, por supuesto, dijeron que se pusieran a trabajar sin descanso aunque se quedaran sin vacaciones. Y ya ven, aquí está la segunda entrega de *El Club de la Comedia*, humor en letras, sin comas, humor sostenido y sin estridencias, humor para divertirse leyendo.

Opino que la irreverencia con que este libro se escribe será captada por los lectores, a los que imagino gesticulando sin darse cuenta mientras se adentran en las diferentes situaciones que se proponen.

El Club de la Comedia es un programa emblemático de la televisión moderna, es una obra de

teatro que goza de una entusiasta legión de seguidores, es un contenido diferente en Internet y es un pequeño gran libro. Ninguno de los que lo empezamos suponíamos que nos iba a divertir tanto y que nos permitiría hacer tantas cosas, y si ha sido así es por que aunque nosotros creyéramos que estábamos locos, la realidad nos dice que los locos de verdad son ustedes, nuestros lectores: locos en busca de humor.

Gracias y que lo disfruten

José Manuel Lorenzo

¡Es pa' los niños!

Esos locos bajitos suicidas

Mi hijo de doce meses por fin ha empezado a dar sus primeros pasitos. Qué cosa más... jodida. Sí, porque, de repente, se ha convertido en un auténtico suicida.

Lo primero que uno descubre cuando su hijo empieza a andar es su afición por los deportes de riesgo: concretamente, a mi hijo los que más le gustan son el «esquining», que consiste en lanzarse de cabeza contra todas las esquinas. El «tresilling», consistente en subirse al tresillo y tirarse de morros contra la mesa... Y el más peligroso: el «telefunking», que básicamente consiste en correr hacia el televisor... y empotrarse contra la pantalla. Sin ir más lejos, mi hijo el otro día se lanzó contra *Los desayunos de Antena 3* y le comió tres churros a Isabel San Sebastián.

Bueno, con deciros que para que no se haga daño hemos tenido que acolchar las mesas, las puertas y las esquinas de toda la casa... Ahora más

que en una casa parece que vivo en un psiquiátrico. Que, como yo le dije a mi mujer:

—¿Por qué no acolchamos directamente al crío...?

Y ella me contestó:

—¡Y una leche, yo he parido a un niño, no al muñeco de Michelín!

Pero seamos justos, ¿eh?: a esa edad la vida es muy difícil. Tiene que ser muy humillante llorar porque tienes sed y que tus padres lo primero que piensen es que te has cagado. Es como si tú entraras en un bar, pidieras una caña, y el camarero en vez de ponerte una cerveza te oliera el culo.

Claro, por eso luego quieren vengarse de nosotros y se convierten en kamikazes con pañales: ¿se han fijado que los niños intentan suicidarse atacando nuestros puntos vitales? Tú entras en casa, le llamas, «¡Alvarito!», y ves que coge carrerilla y viene lanzado hacia tu línea de flotación.

En ese momento sólo tienes dos opciones: o bien te apartas y dejas que se estrelle contra el mueble bar y te descojonas de él... o te quedas quieto y dejas que te haga impacto y entonces es él el que te descojona a ti. Yo, como le quiero mucho, siempre elijo la segunda opción... aunque reconozco que a veces me cuesta un huevo... o los dos.

Pero volviendo a las manías suicidas, también le ha dado por abrirlo todo: los cajones, las ventanas, la cabeza... Es tal el miedo que me da, que he acabado como Javier Clemente: jugando al cerrojazo... Por toda la casa tengo cerrojos: es más difícil salir de mi casa que salir de Cuba.

¿Y la comida, qué? Otro peligro. Tú les intentas dar la papilla y él que «pa' tu padre». Y, sin embargo, como dejes el jabón a su alcance estás perdido... Que digo yo que los fabricantes deberían tener esto en cuenta y hacer potitos con sabor a lavavajillas: «Compota de Fairy». Me imagino el eslogan... «Dos en uno: les alimenta... y les lava el estómago.»

¿Y lo de meterse cosas en la nariz? Otro peligro. Me pregunto: ¿cómo puede nadie encontrar placer en meterse algo por la nariz...? Quitando a Maradona, claro... Me estoy refiriendo a meterse canicas, monedas... Bueno, es que lo de comerse monedas es una obsesión. Sólo falta que en los ojos les aparezcan las cerezas para ser una máquina tragaperras. Y luego lo llevas a urgencias, lo miran por los rayos X, y el médico te dice: «Usted no tiene un bebé, usted tiene el BBV».

Al final siempre te mandan que le des un laxante y que esperes a que lo expulse. Y tú todo el día persiguiéndolo con el orinal. Vamos, que estás más pendiente de la devolución del niño que

de la de Hacienda. Es en esa época cuando descubres que el dinero es una mierda.

Y es que no puedes perderles un segundo de vista. Yo estoy tan obsesionado, que el otro día llegué al trabajo y le limpié las manos a mi jefe con una toallita.

Aunque esto ha sido siempre igual, mi padre dice que, de pequeño, yo también me tragaba monedas, y aquí estoy. Y eso que las de mi época eran mucho más peligrosas: ¡salía Franco!

Los cuentos

¿Alguna vez se han parado a pensar en el tipo de cuentos que les contamos a nuestros hijos? Lo más curioso es que se los contamos para que se duerman... ¿Cómo se van a dormir con la cantidad de barbaridades que suceden en los cuentos? Espejos que hablan, asesinos en serie, ranas que se convierten en tíos buenos, ¡sexo duro!... Lo que me extraña es que los niños no se pasen toda la noche con los ojos como platos.

Analicemos un cuento cualquiera: *Caperucita Roja*.

El cuento empieza diciendo que a Caperucita la llamaban así porque siempre iba con la misma caperuza puesta... ¡Que hay que ser guarra! Desde luego, hay que ver lo guarros que eran en los cuentos, no se cambiaban nunca, ¡pero en ninguno! Ahí tienen a Heidi, cuatrocientos capítulos con el mismo vestidito... O a Pedro, que estaba todo el día con las cabras. Que menos mal que los cuentos no huelen...

Pero sigamos, que se me va. La abuela de Caperucita estaba en medio del bosque, enferma y sola. ¿Y qué piensa la madre de Caperucita? «¡Pues que se joda!» En vez de mandarle un médico, le manda un pastel... ¡Quiere matarla! Con el colesterol que se tiene a esas edades...

La madre de Caperucita era una psicópata. Porque, sabiendo que hay un lobo en el bosque, le dice a su hija:

—Caperucita, llévale tú el pastel a la abuelita que a mí me da la risa...

Y manda a la criatura. ¡Vestida de rojo! Para que se la vea bien de lejos... Eso sí, para disimular, le dice que si se encuentra con el lobo, no le hable. Pues eso le falta al lobo, que encima le caiga antipática la niña...

¡Y es que los padres de los cuentos eran unos bestias! ¿Se acuerdan de los de Pulgarcito, que abandonan a sus hijos en el bosque? ¡Pobres criaturas! Menos mal que Pulgarcito fue dejando piedras y encontró el camino de vuelta. Claro, por eso los niños llevan siempre piedras en los bolsillos y no paran de coger cosas del suelo...

—Nene, ¿quieres dejar de meterte porquerías en los bolsillos?

Y el niño pensará: «Sí, hombre, luego tú te piras y a ver cómo vuelvo a casa...».

Pero sigamos con Caperucita, que, además de ser muy guarra, estaba más colgada que un jamón... Va por el bosque, se encuentra con un lobo y se queda tan pancha... Y es que la gente en los cuentos no se inmutaba por nada. A Cenicienta se le aparece un hada con un cucurucho en la cabeza, le convierte la calabaza en carroza, los ratones en pajes, y ella dice:

—¡Ah, pues vale!

Y, luego, el hada la manda a la fiesta pero le suelta:

—A las doce en casa.

Pero, ¿qué clase de encantamiento es éste? «A las doce en casa.» Parece un encantamiento de madre. Seguro que Cenicienta le dijo:

—¡Pues a mis amigas les dejan hasta la una, jo!

Eso porque era una niña de antes... Díselo a una niña de ahora y verás lo que te contesta:

—¿A que vengo a las doce menos cinco y se jode el cuento?

Pero sigo con Caperucita ¡Y hagan el favor de no despistarme que a este paso no termino el cuento...! Habíamos dejado a Caperucita con el lobo... Que vaya numerito monta el lobo para comérsela, cuando se la pudo zampar en el bosque nada más verla; pues no: la manda por el camino más largo, se come a la abuela, se pone su ropa... Yo creo que lo que quería era vestirse de abuelita.

Para mí que el lobo no era tan feroz como lo pintan... porque en el cuento de las siete cabritillas también se maquilla las patas de blanco para parecer una cabra... ¡loca! Pero, bueno, ¿era el lobo, o la Veneno?

El caso es que cuando Caperucita llega a la casa se encuentra al lobo en la cama. ¿Cómo pudo confundir al lobo con su abuelita? ¿Tanto pelo tenía la abuela?

El caso es que el lobo se come a Caperucita. Pero no pasa nada, porque llega un leñador, lo mata y le abre la tripa. Y allí salen las dos. Vamos a reflexionar un momento sobre esto, porque hay un detalle sobre el que siempre se ha pasado sutilmente: de la barriga salen las dos, la nieta con la caperuza, pero... ¡la abuela está en pelotas! Claro, en pelotas, porque la ropa la llevaba el lobo... Y los niños ven esto. La escenita es fuerte, ¿verdad?

Pues esto no es nada al lado del de *La Ratita Presumida*, que eso ya más que un cuento parece un artículo del *Cosmopolitan*. Resulta que la Ratita empieza a ligar como una descosida en cuanto se compra un lazo y se lo pone en el rabo... Pero que liga con cualquiera... Pasa un burro y le dice:

—Ratita, Ratita, qué bonita estás. ¿Te quieres casar conmigo?

Y ella le dice:

—¿Y por la noche qué harás?

¿Por la noche qué harás? No me quiero imaginar lo que pueden hacer un burro y una rata en la cama. Vamos, ni Emmanuelle Negra... Ahora, el burro lo tenía claro:

—¿Que qué te haré por las noches? Iaaa, iaaa...

En fin, amigos. Estos cuentos son la base de nuestra educación, y todos nos hemos criado escuchándolos... No me extraña que estemos como estamos.

Profesores

Cuando me preguntaban de pequeño:

—¿Y tú qué quieres ser de mayor?

Yo siempre contestaba:

—Médico, abogado, policía, periodista...

Vamos, que lo que yo quería era salir en una serie de televisión.

Lo que nunca dije fue «profesor». Sí, porque en el cole mola todo menos los profesores: hay columpios, plastilina, niñas para tirarles de las coletas... Pero tú llegas allí y te tienes que poner a escuchar a un señor, sin coletas, al que pagan para que te enseñe cosas que a ti no te interesan. Es como si tus amigos te organizan una despedida de soltero y contratan a Karmele Marchante para que haga el *strip-tease*.

Cuando los padres nos mandan al colegio no saben en lo que se meten. Porque antes de ir al cole, tú creías que tu padre era Dios: «Mi padre sabe hacer aritos con el humo del cigarro... Y le da cinco toques al balón sin que se le caiga... y

vuela». Pero luego te das cuenta de que no. De que Dios... es la *seño*. Y llegas a casa:

—Pues ha dicho la *seño* que fumar es malo... Y que el fútbol embrutece a las sociedades, alienándolas de los verdaderos problemas que la acucian... Y que no vuelas. Lo ha dicho la *seño*.

Para ti, decir «Lo ha dicho la *seño*» es como decir «Lo ha dicho el Papa en la CNN».

Y es que para un niño la *seño* tiene superpoderes. Está escribiendo en la pizarra, y de repente dice:

—Juanito, cállate.

¡Sin darse la vuelta! ¡Vamos, hacía unos milagros que ni Jesús! Porque Jesús convertiría el agua en vino, pero es que la *seño*... la *seño* coge azul y amarillo... ¡y hace verde!

Y, claro, te enamoras de ella. ¡¿Qué vas a hacer?! ¡Si no para de darte esperanzas! ¡Te manda a por tiza! ¡Te ata los cordones! ¡Te cura las pupas soplando! Pues eso: que en cuanto tienes dos años más lo único que quieres es verle las bragas.

Yo me pasaba el día tirando el lápiz al suelo y recogéndolo. ¿Por qué se creen que los niños están todo el rato sacándole punta al lápiz? No es porque escriban mucho, es porque se les despunta de tanto tirarlo.

Bueno, si hacía falta, tirábamos hasta la pluma de la comunión, lo que fuera. Pero siempre

sabíamos de qué color llevaba las bragas: «¡Hoy azules!, ¡hoy blancas!, ¡hoy las mismas de ayer...!»». Yo creo que la *seño* debería aprovechar esto y ponerse publicidad en las bragas... Por supuesto, publicidad institucional: «A tope sin drogas».

Pero llega un día en el que te cambian a la *seño* por un profesor para cada asignatura, cada uno con su mote: El Conejo, que tiene unos dientes gigantes; El Bombilla, que tiene una cabeza gigante, El Lequio, que tiene... acento italiano.

Había uno al que llamábamos El Enrollao. Yo creo que en todos los colegios hay un *enrollao*. Es ese que llega el primer día y dice:

—A mí llamadme Carlos.

Es el que os lleva a ver la fábrica de chocolates Elgorriaga... el que te llama «colega, tronco, campeón»... Pero a mitad de curso aquello es un desmadre y la clase parece *Tómbola*. Y entonces se pone serio y empieza a hablarte de usted. Y le haces el mismo caso que le hacen a Ximo Rovira: ninguno. Es normal, después de haber sido colegas y compartido chocolate...

Teníamos otro que era El Amargao. Todo el día poniendo ceros. Éste entraba en clase, y en vez de buenos días decía:

—Fernández, un cero. Y van dos esta semana. Ya tiene la bicicleta.

Y le encantaba ausentarse y dejar a uno apuntando a los que hablaban.

—Javi, ¡una cruz por hablar!

—Pero si yo no estaba hablando.

—¡Uh! ¡Otra!

¡Qué obsesión con que los niños no hablen! Los amargados son como las hemorroides: hay que sufrirlas en silencio. Y, además, ¿qué pretenden al poner a un niño *apuntando* a sus compañeros? ¿Formar chivatos? Así empezó Judas: ¡poniendo cruces!

Pero, para compensar, en todos los colegios hay una profesora «tía buena». Aunque no nos entusiasmemos, ¿eh? Para ser profesora «tía buena» no hace falta ni ser tía ni estar buena. Sólo hay que llevar vaqueros y dar inglés. Vamos, que si Loli Álvarez hubiera sido profesora de inglés, no le hubiera hecho falta operarse.

Y a la profesora-tía-buena siempre se le inventa un rollo. En mi colegio se decía que estaba liada con Galván, el cabrón de gimnasia. Que era un tío que estaba todo el día con el pito en la boca...

—A hacer flexiones, ¡pi, pi, pi! ¡Venga, Fernández, una más! Es que no le pone voluntad...

Y tú pensabas: «A éste me gustaría a mí verlo con la profesora de inglés en la cama... Ella, con el pito en la boca: ¡pi, pi, pi! ¡Venga, Galván, uno más...! ¡Es que no le pones voluntad!».

Pero esta época ha pasado. Los profesores ya no pueden hacer lo que les dé la gana. Ahora los que hacen lo que les da la gana son los niños. Sí, porque conocen sus derechos y si el profesor les pregunta:

—A ver, Adrián, el sistema Penibético.

—¿El sistema qué...? No hablaré si no es en presencia de mi abogado.

Y que no se le ocurra al profesor abrirle expediente... Porque el niño lo espera en la calle y le abre la cabeza.

Y por eso el tipo de profesor que más abunda es... el acojonado:

—¿Os parece que pongamos un control de literatura el martes?

Y todos:

—¡¡¡No!!!

—¡Vale, vale! Pero leéis *La colmena*, ¿eh?

Y todos:

—¡Nooooo!

—Bueno, pues... por lo menos veis la película...

—¡Nooooo!

—Pues, pues comed miel.

—¡Nooo!

—Pues ved *Gran Hermano*, ¡que está lleno de zánganos!

Querido diario

¿Se han preguntado alguna vez por qué a la gente le da por escribir un diario? Se supone que es para guardar nuestros secretos más inconfesables. Muy bien, ¡y por eso los escribimos en un cuaderno! ¡Eso es como tirarse un pedo a escondidas en misa, y grabarlo en un casete! Quién sabe, a lo mejor un día te dan ganas de volver a oírlo...

Tu primer diario te lo regala tu madre en plena edad del pavo: «Cariño, como vas a empezar a tener secretos... Esto es para que escribas todo lo que te pasa...». Pero en realidad tu madre está pensando: «Esto es para que escribas todo lo que no te atreves a contarme y luego yo lo lea... y me entere de cuándo dejas de ser virgen».

Pero tú, *en tu inocencia*, en la primera página, escribes: «Está terminantemente prohibido leer este diario». ¡Como si esto parara a una madre! A una madre no la para ni un misil Tomahawk.

¡Si es que los diarios deberían ser de camuflaje, para que tu madre no los encontrara! Pues no: son rosa chillón, con rebordes dorados y, por si tu madre tiene alguna duda, pone bien claro en la tapa *Mi diario*. Vamos, la mía, cada mañana, en vez de leer el periódico, leía mi diario. ¡Que sólo le faltó escribir una carta al director! Hasta me corregía las faltas de ortografía...

Así que empecé a utilizar claves secretas. Por ejemplo, al chico que me gustaba, que era de Ibiza, yo le llamaba «Seat», y escribía:

Estoy muy nerviosa, ayer el Seat me rozó con su alerón.

Y claro, mi madre al día siguiente me suelta como por casualidad:

—Anabel, ten cuidado con *los coches*, no cruces *sin mirar* que cualquier día vamos a tener un disgusto...

Es curioso, porque aunque a nadie le enseñan a escribir un diario, todo el mundo sigue las mismas reglas. Primero haces la presentación:

Éste es el diario secreto de Anabel, tengo doce años, soy castaña y todo el mundo dice que soy altísima. Color preferido: azul. Animal favorito: perro. Mejor amiga: Marisa.

Y luego ponemos: «Querido diario...». ¿Que por qué ponemos «querido diario»? Pues para hacerle la pelota, porque la chapa que le vamos a dar no la aguanta nadie:

Querido diario —dos puntos—: *esta tarde va Marisa y dice: «Mari Carmen, siéntate al lado de Anabel» y, claro, antes a mi lado se sentaba ella, pues muy bien, si prefiere sentarse con Bea en vez de conmigo, vale, pero que se vaya a la porra, o sea, que si Marisa me pregunta quién es mi mejor amiga le diré: «Tú no, por supuesto».*

Y cuando te pasa algo muy importante, haces dos cosas: pones la hora y lo subrayas tres veces.

*Cuatro de la mañana. Querido diario: hoy Mari-sa y yo hemos visto a Tony el Heavy en el quiosco. Y cuando nos ha preguntado si íbamos a ir a la piscina, me ha mirado **a mí**.*

Subrayado «a mí» tres veces... A mí, a mí, a mí.

Y es que hay que decir que toda chica, en la adolescencia, necesita escribir un diario porque está más llena de sentimientos que un *christmas* de Pedro Ruiz:

2 de marzo. Me gusta Aurelio. 3 de marzo. Me gusta Luis. 4 de marzo. Estoy saliendo con Aurelio y con Luis, aunque me gusta Dani, pero no para salir.

Sin embargo, los chicos, como no son tan profundos, no suelen escribir un diario. Total ¿pa' qué? ¿Qué iban a escribir ellos durante la adolescencia? «Hoy me he hecho dos...». «Hoy me he hecho diez...». Si hubiera diarios para chicos adolescentes deberían llevar la palabra «paja» ya de imprenta en cada hoja, y el chico sólo tendría que poner el número delante. Encontrar algo de sensibilidad en el diario de un chico adolescente es más difícil que encontrar una aguja en un... pajar.

Después de la adolescencia, no vuelves a tocar un diario hasta la siguiente crisis: los treinta años. No sabes por qué, pero un buen día te ves poniendo otra vez «Querido diario...». Lo que pasa es que ahora tienes conflictos más profundos:

Querido diario: hoy Loli y yo hemos visto a Fernando en la máquina de café. Y cuando ha preguntado si nos íbamos a coger el puente... me ha mirado a mí.

Subrayado «a mí» tres veces... A mí, a mí, a mí...

Y al día siguiente escribes:

Cuatro de la mañana. Querido diario: el cerdo de Fernando lo que quería es que le sustituyera para irse el puente con una zorra de metro ochenta...

Subrayado «zorra».

Y te sientes tan patética que empiezas a hacer balance de tu vida, y recuperas tus antiguos diarios. Y lees: «Querido diario, cuando sea mayor quiero ser modelo, como dicen que soy tan alta...». ¡Pues ya verás, guapa, ya, en cuanto te venga la regla te vas a quedar como estás...! «Me gusta Dani, pero no para salir.» ¡Mírala a ella, qué exquisita! Si yo pillaba al Dani este ahora, me gustaría pa' salir, pa' entrar... pa' salir, pa' entrar, pa' salir, pa' entrar...

Pero ya cuando te acabas *de hundir* es cuando lees: «Jo, en el año 2000 tendré treinta años... ¡Qué vieja!». ¡Pero será asquerosa esta niña! Vale, vieja, pero mira, ¡ni un grano! ¡Y deja de comer Tigretones, que mira cómo me has puesto!

Cosas inútiles que nos enseñan en la escuela

El otro día tuve que ir a recoger a mi sobrino al colegio. Y me quedé alucinado. ¿Se han fijado en cómo salen los niños de la escuela? Es algo espeluznante. Salen despavoridos, corriendo en cualquier dirección, como endemoniados, empujándose y gritando... como huyendo de algo, que piensas: ¿qué les harán ahí dentro?

Yo recuerdo que de pequeño no salía del colegio de esa forma tan violenta. Francamente, yo la mayoría de las veces... ni entraba. A mí me decían:

—Enriquito: si quieres ser un hombre de provecho, vas a tener que estudiar un poco más.

Y yo les decía:

—Vale, pero si no quiero serlo, ¿puedo seguir como hasta ahora?

Pero a ellos les da igual, te cargan con un mochilón... ¡así de grande!, y te dicen que todo eso

te lo tienes que meter en la cabeza... ¡Pero qué empeño en meterme cosas en la cabeza! ¿No se dan cuenta de que no cabe?

Además, en el colegio se aprenden muchas cosas inútiles. Por ejemplo: ¿para qué se tiran tres meses enseñándote a diseccionar una rana? Coño, ¡que te enseñen a pelar una gamba!

¿Y las matemáticas? Para empezar, te enseñan los conjuntos: estaban los conjuntos conjuntos y los conjuntos disjuntos. Muy bien, me ha sido muy útil en mi vida saber esto.

Ahora, el que cambió mi vida fue el conjunto vacío: le enseñaba las notas a mi madre y ella me decía:

—Enriquito, ¿y este cero en matemáticas...?

—Mamá, no seas antigua, esto no es un cero, es un conjunto vacío.

Luego te enseñan a sumar, restar, multiplicar, dividir... Y dices: «Ahora me enseñarán a pedir un crédito en el banco...». Pero no. Lo que te enseñan es la raíz cuadrada... ¡Ay, amigos! ¡Qué gran tema la raíz cuadrada! ¡Lo bien que me ha venido a mí saber calcular la raíz cuadrada...! Sin ir más lejos la he usado... nunca. Francamente, ¿a ustedes no les parece que ha llegado el momento de plantear este asunto al Gobierno? La raíz cuadrada tendría que ser voluntaria, como la mili.

Y luego llegaba el profesor y decía:

—Chicos, os voy a poner unos problemas.

Pues... cojonudo: Llevo una mochila de ocho kilos, me llaman *Carabesugo*, me roban el bocadillo... ¡Y encima viene este tío a ponerme más problemas!

Y dictaba:

—Si Pedrito tiene seis manzanas, viene su hermana y le quita dos, viene su primo y le quita otras dos y luego el perro se come una... ¿Cuántas manzanas tiene Pedrito?

Pues no lo sé, pero, francamente, si quiere mi opinión... Pedrito es gilipollas.

Otra cosa que te enseñaban era el latín y el griego, las lenguas muertas... ¿A ustedes les parece bien que les enseñen lenguas muertas a los niños? ¡Con razón por la noche no pueden dormir!

¿Y la sinalefa? ¡Eso tiene que ser una guarrada! Yo me negué a estudiarla... Y hablando de cochinas: también te enseñaban los gases nobles... Mire usted, a mí me parece muy bien que los nobles se tiren sus gases como todo el mundo, ¿pero es necesario estudiarlos?

La clase de música... Muy bien, en casa no te dejan gritar ni jugar al balón en el pasillo, pero puedes soplar la flauta hasta que se te salgan los higadillos. Y tu madre ni mu... Total para aprender a tocar «Debajo un botón, ton, ton...».

Por no hablar de la clase de gimnasia... ¿De qué te va a servir en la vida saber dar la voltereta? ¿Y saltar el potro? ¿Se imaginan que en un debate entre Aznar y Zapatero Aznar dijese: «Señor Zapatero, usted va a subir las pensiones y va a bajar la gasolina, pero, ¿sabe saltar el potro...? Déjese de demagogias... Salte el potro señor Zapatero, salte el potro»?

La única vez en la que yo estuve atento en el colegio fue cuando explicaron la reproducción humana. Aunque tampoco me sirvió de mucho: primero te hablaban de un guisante... después de unas abejas que salían de su colmena y llevaban el polen por ahí... Y luego te enseñaban unos dibujitos de una pareja en pelotas... Que yo pensaba: «¿Y aquí quién de los dos tiene el guisante...?». Pero ahí no se acababa el follón, porque yo sabía que había una cosa que se metía en algún sitio... Y además estaba la cigüeña... Con lo que me fui a mi casa pensando que la reproducción humana consistía en que una cigüeña metía un guisante en una colmena y una abeja lo esparcía... Muy bien... Yo no quiero molestar, pero entonces, ¿para qué me sirve a mí la polla?

En fin, amigos, que según lo que nos enseñaban en la escuela, un hombre de provecho es un tío que habla lenguas muertas, come guisantes, da volteretas y toca la flauta... ¡Coño, este tío es Kung Fu!